

DEL TRABAJO AGRÍCOLA TRADICIONAL A LA PLURIACTIVIDAD. RECONFIGURACIÓN DE IDENTIDADES EN EL VALLE DE TEOTIHUACAN

FROM TRADITIONAL AGRICULTURAL WORK TO
PLURIACTIVITY. RECONFIGURATION OF IDENTITIES
IN THE TEOTIHUACAN VALLEY

CARLOS BRAVO ROMO*

RESUMEN

El presente trabajo tiene como objetivo analizar el proceso socio-histórico en el cual se pasó del trabajo agrícola tradicional a la pluriactividad en una región del estado de México conocida como valle de Teotihuacan. Planteo como hipótesis que dicha reconversión ha propiciado diversas formas de territorializar el espacio social, configurado un tipo de identidad rural sin la presencia del trabajo campesino. Bajo esta lógica, puede afirmarse que la celebración de los ciclos festivos agrícolas está jugando un papel fundamental en la reconfiguración identitaria de la población.

PALABRAS CLAVE: *Trabajo agrícola, pluriactividad, identidad.*

ABSTRACT

This paper aims to analyze the socio-historical process in which the Teotihuacan Valley went from traditional agricultural work multiactivity. Hypothesized that this restructuring has led to various forms of territorialize social space, forming a kind of rural identity without the presence of peasant labor.

* Maestro en Estudios Regionales, candidato al grado de doctor por el Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA-UNAM). Correo de contacto: antropo_romcar@hotmail.com

Under this logic, we can be said that the celebration agricultural festive cycles are playing a key role in the identity reconfiguration of the population.

KEYWORDS: *Agricultural Labor, Multiactivity, Identity.*

INTRODUCCIÓN

En las décadas más recientes, en México se ha vivido un proceso de transición en el cual se pasó de ser una sociedad eminentemente rural, a una sociedad urbana. Hacia el año de 1900 casi tres cuartas partes de la población mexicana vivía y trabajaba en el campo, para finales de siglo, las cifras se habían invertido (Warman, 2001). Este fenómeno ha representado una serie de cambios en todos los aspectos de la vida nacional. En el aspecto económico y social puede hablarse de reconversión laboral y, de la incorporación del grupo familiar campesino a una dinámica donde la expansión de las empresas agrícolas, la mayor articulación de lo urbano con lo rural, las telecomunicaciones, la infraestructura de servicios (entre otros factores), han propiciado que los actores sociales que anteriormente se dedicaban a trabajar el campo, ahora sean en gran mayoría trabajadores asalariados (Contreras, 2014).

Entendemos por trabajo agrícola tradicional, aquellas actividades económicas de las cuales se obtiene un producto de la tierra, donde ésta adquiere un valor simbólico y donde el campesino es due-

ño de los medios de producción o emplea su fuerza de trabajo para lograr una cosecha. Bajo esta conceptualización es que se afirma que el trabajo agrícola tradicional ha venido a menos en los espacios estudiados desde la nueva ruralidad, para dar paso a la pluriactividad, definida por Salas y Rivermar (2011) como:

El tránsito desde la uniformidad de las actividades agropecuarias hacia la pluriactividad, que se encuentra marcada por diversos procesos: la dinámica del mercado de tierras, los cambios en el mundo del trabajo; el cambio en la composición de las unidades campesinas, el ingreso de mujeres jóvenes al mundo laboral, el impacto de remesas, la diversificación del empleo de los miembros del grupo familiar, y el significativo peso de los ingresos familiares provenientes de actividades extra agropecuarias (p. 149).

De acuerdo con lo antes dicho, en el presente trabajo se analiza el proceso que tanto a nivel nacional como regional ha propiciado la emergencia de la pluriactividad como estrategia de sobrevivencia y, como fenómeno en el cual la identidad campesina en la región de estudio se reconfigura a partir de la celebración del ciclo festivo agrícola, creando nuevos referentes de territorialización.

El referente espacial de este artículo tiene su origen en el trabajo de investigación que durante la segunda década del siglo XX Manuel Gamio¹ y su grupo de colaboradores realizaron en una región

1. Primer investigador interesado en sistematizar

delimitada culturalmente, a la cual denominaron valle de Teotihuacan, debido a la presencia del sitio arqueológico que ahí se localiza. Desde una perspectiva antropológica, el equipo de Gamio hizo un extenso estudio para determinar las condiciones sociales y económicas en que se encontraba la población del espacio referido. El resultado del trabajo fue una publicación titulada *La población del valle de Teotihuacan*, (1922), en la cual se define dicho espacio como una región homogénea, indígena y campesina, integrada a los actuales municipios de Acolman, Teotihuacan, San Martín de las Pirámides y Otumba, en el Estado de México.

El contexto temporal del presente trabajo es la segunda mitad del siglo xx. Durante este periodo, el campesino que cultivaba la tierra de manera tradicional, sustentando su labor en la organización de la unidad familiar, se vio obligado a transformar su relación con el campo y a adaptarse a las condiciones socioeconómicas que imperaban tanto a nivel nacional como a nivel regional.

Los datos cualitativos aquí vertidos se construyeron básicamente a partir de la observación *in situ*, de trabajar con historias de vida y de entrevistas estructuradas que se aplicaron a personas originarias de algún poblado de la región de estudio, a personas quienes trabajaron el campo y que ya no lo hacen, a personas quienes actualmente lo trabajan (de pre-

ferencia ejidatarios), a personas mayores de 60 años independientemente de su ocupación, así como a quienes durante el proceso de investigación ocupaban el cargo de mayordomo en las fiestas patronales de las cabeceras municipales. Los datos etnográficos fueron recabados en el año 2014 en tres periodos de trabajo de campo dentro del área de estudio, cada uno de estos con duración aproximada de un mes, abarcando parte del ciclo festivo en los poblados de San Martín, Otumba, San Juan y Tepexpan.

El alcance de la información recabada en campo sirvió para dos fines; en primera instancia para entender el proceso de reconversión laboral, a partir de la historia oral que posee el conjunto de personas que han formado parte de dicho fenómeno. En segundo término, para identificar cómo un gran segmento de la población originaria del lugar encuentra en el ciclo festivo el principal referente que lo vincula a un territorio históricamente construido. Cabe destacar que la información que presento es parte de una investigación ya terminada, que sirvió como punta de lanza para un nuevo proyecto en el cual intento mostrar en toda su complejidad el mundo festivo de esta región de estudio.

Para este artículo, se hace la propuesta de trabajar con dos grandes perspectivas teóricas. La primera de éstas, gira en torno al concepto de identidad. Al respecto, dentro de la producción sociológica y antropológica existe una vasta bibliografía. Dada la diversidad de tipos de identidad que una persona o un

e institucionalizar la disciplina antropológica en México.

colectivo puede tener, aunado a la cantidad de acepciones que el término ha ido acumulando a lo largo de los años, cuando se habla de identidad se debe ser muy específico acerca de, a qué se está haciendo referencia. En este sentido, la identidad colectiva hace alusión al proceso de identificaciones históricamente apropiadas, que le confieren sentido de unidad a un grupo social.

La segunda perspectiva teórica hace referencia a la Nueva Ruralidad o Ruralidad Desagrariada. Ya que se habla de una región que sin perder rasgos originarios está adoptando características urbanas, dicha categoría de estudio arroja luz para entender un proceso complejo de reconfiguración no sólo identitaria, sino de patrones de vida y de conducta. En este sentido, cabe destacar el trabajo de investigación y la producción bibliográfica realizada por Gabriela Torres-Mazuera (2012), Hernán Salas (2011) y Kristen Appendini (2008).

La información aquí presentada es parte del resultado de una investigación en la cual, quien suscribe, caracterizó esta región como un sistema regional en proceso de re-estructuración. Por tal motivo, en los párrafos siguientes, se utiliza tanto región como sistema regional para referirse al mismo espacio.

El trabajo está estructurado en varios apartados que van desde el planteamiento general hasta la reflexión final. El objetivo es presentar información histórica, conceptual y estadística, así como una hipótesis que intente explicar la forma en que el cambio en la actividad pro-

ductiva ha llevado a la reorganización del valle de Teotihuacan, re significando aspectos identitarios.

PLANTEAMIENTO GENERAL

Durante el siglo xx, los grandes cambios estructurales que se presentaron en el país conformaron el marco de referencia del cual —con sus especificidades— se desprendieron las pautas a seguir por las comunidades campesinas que integran el área teotihuacana. A principios del siglo xx, el valle de Teotihuacan presentaba características eminentemente rurales, mismas que le proporcionaban sentido de integración y homogeneidad. Con el transcurrir de los años y siguiendo etapas históricas, estas condiciones paulatinamente comenzaron a modificarse, hasta que, hacia la parte final de la década de 1970, en algunas zonas del valle de Teotihuacan, principalmente las más cercanas a la ciudad de México, el trabajo agrícola tradicional desaparece casi por completo, iniciando con esto un proceso de transición hacia nuevas formas de integración económica, situación que llevó a las personas otrora campesinas, a buscar referentes de identidad sin romper el vínculo con sus tradiciones; en este sentido, el ciclo festivo agrícola adquiere un papel relevante como vehículo de sedimentación y de *continuum*.

Circunscrito al escenario de transformación mencionado, en el valle de Teotihuacan hacia la última parte del

siglo xx han ocurrido dos fenómenos que aceleraron el proceso de cambio. El primero de ellos, la incorporación de los municipios de Acolman y Teotihuacan a la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), y en consecuencia, la pérdida de tierras de cultivo que han cedido espacio a las inmobiliarias. El segundo, la tercerización de la economía que ha propiciado la pérdida de fuerza laboral campesina. Ambos aspectos cobran relevancia cuando se hace el análisis de las condiciones en que se lleva a cabo el trabajo agrícola en la actualidad.

Breve cronología: 1920-1992

El movimiento revolucionario ocurrido en México hacia la segunda década del siglo pasado, dejó una serie importante de transformaciones en todos los ámbitos de la vida nacional. En materia de uso y tenencia de la tierra, la reforma agraria se convirtió en el principal logro emanado de la Revolución Mexicana. Para Othón Baños (1991):

Una vez iniciada la reforma agraria, el ejido se convirtió en el principal mecanismo de acceso a los recursos productivos y la forma de organización local más común, donde los ejidatarios y los pequeños agricultores privados llevaban a cabo sus actividades cotidianas y se proyectaban a la sociedad (p. 118).

En este contexto, se inicia un primer intento de modernización en el campo, el

cual en términos productivos consistía en hacer más eficiente el uso de la tierra agrícola, produciendo más alimento a bajo costo en una menor superficie.

Siguiendo a Estela Martínez (1996) “es a partir de la posguerra, en la segunda mitad de la década de 1940 en que la política de desarrollo nacional se encamina a la industrialización” (p. 205). En este momento histórico de cambio estructural, la agricultura pasa a ocupar un papel secundario dentro del escenario nacional, como simple proveedora de alimento a bajo costo para las ciudades en crecimiento. La implementación del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) tuvo un impacto negativo en el campo.

La necesidad de mano de obra para la industria, ocasionó un éxodo de población rural que arribó a los centros urbanos en busca de oportunidades de trabajo. En este sentido, Contreras (2014) hace una descripción detallada del proceso de transformación que vivió el país, para pasar de ser una sociedad rural a una sociedad urbana. De acuerdo con este autor, entre 1940 y 1970, una parte de la población campesina fue absorbida por los procesos de modernización de la agricultura, otra continuó trabajando de manera precaria el ejido obtenido como producto del reparto agrario, pero en su mayoría la gente joven que ya no encontró oportunidades en el sector agrícola, migró hacia las ciudades, ocasionando el despoblamiento de espacios rurales (Contreras, 2014, p. 55). En este contexto, dentro del valle de Teotihuacan comienza a sentirse

el efecto de tales fenómenos, en la memoria oral de los pobladores originarios, se ubica la década de 1970 como la época en que se perdió el campo.

Olivia Leal (2004) advierte que es a partir de los años sesenta que en la zona teotihuacana:

Se reconfiguran los vínculos económicos y culturales con la ciudad de México y territorios aledaños, en tanto se generalizan oficios alejados de las actividades agrícolas y aparecen nuevas formas de consumo y diversión, mismos que se aceleran hacia la década de los ochenta (p. 9).

Siguiendo a la misma autora, a principio de la década de los sesenta, la situación económica y social de los pobladores teotihuacanos comenzó a transformarse, sobre todo en temas como el apego a la tierra, la movilidad de la población local y el acceso de los habitantes al mercado de trabajo regional.

Martínez (1996, pp. 212–214) señala que, hacia la década de los años setenta, en el campo mexicano se profundiza la crisis, debido entre otros factores, a que la producción agrícola nacional estaba completamente subordinada al modelo capitalista comercial; es decir, sujeta a las leyes del mercado mundial. Las empresas transnacionales tuvieron un papel decisivo dentro de esta crisis, ya que el sector agrícola respondió a sus intereses económicos imponiendo cambios en la estructura productiva, técnica, tecnológica, así como en los regímenes alimen-

tarios. Para la misma autora (1996, p. 223), la crisis se recrudece en la siguiente década cuando el sector agropecuario mexicano alcanza niveles alarmantes, ya que como política pública se dio prioridad a la producción para la agro-exportación, se abrió el mercado nacional al capital extranjero, se apoyó al capital privado y se dejó en el abandono al sector social. De acuerdo con Jaques Chonchol (1997) en esta época comienza la introducción del sistema agroindustrial internacional dominado y orientado por empresas multinacionales; por lo tanto, las políticas agrarias impuestas durante esos años para reactivar el campo no pudieron incorporar al campesinado tradicional en el proceso de desarrollo.

Para Torres Mazuera (2008, p. 74), en la década de 1980 la actividad agrícola comenzó a supeditarse a otras actividades que ofrecían mayor ingreso, y hacia los años noventa, la agricultura campesina quedó totalmente relegada por otras actividades. Dicha situación redujo las opciones de sobrevivencia para quienes se dedicaban a trabajar en el campo, lo que a decir de Martínez y Vallejo (2011) “ha obligado a las familias rurales a generar nuevas estrategias socioeconómicas enmarcadas en la multifuncionalidad y la pluriactividad, ligadas cada vez más a actividades urbanas: el comercio, los servicios y la industria, creando nuevos mercados de trabajo” (p. 30).

El siguiente momento de cambio estructural para el sector agrícola mexicano es la reforma de 1992 al artículo 27 constitucional. En dicha reforma se con-

solidan e institucionalizan prácticas que de manera velada se venían dando con el uso de la tierra, a saber: su renta para cultivo y otras actividades, falta de sanciones a quienes mantuvieran las tierras ociosas o improductivas, desintegración de la propiedad común, segmentación y derechos individuales plenos sobre el ejido. Para Cristóbal Kay (1998, p. 67), en materia agrícola, esta reforma constituye el símbolo más significativo del neoliberalismo y marca el fin de la reforma agraria en nuestro país, que si bien tuvo como objetivo lograr el beneficio del campesinado, el resultado predominante favoreció el desarrollo de una agricultura capitalista y, aunque una minoría de campesinos obtuvo beneficios, para la mayoría la promesa de la reforma agraria sigue sin cumplirse.

En el valle de Teotihuacán, la unidad y la homogeneidad que la vida agrícola le proporcionaba a esta región, paulatinamente se fue resquebrajando. Las comunidades campesinas que encontró Manuel Gamio hacia finales de la década de 1910, no permanecieron ajenas a los procesos descritos. La reforma agraria con todas sus virtudes y desaciertos, así como la implementación del modelo bimodal, de la revolución verde² y de la crisis que provocaron estas políticas, se vivieron en suelo teotihuacano, por lo cual hoy en día, en el valle de Teotihuacán se aprecia una reconfiguración espacial que motiva a realizar un análisis

de cuáles son las lógicas y las dinámicas que han seguido las comunidades que integran esta región, que en gran parte fueron perdiendo su matriz agrícola hacia la década de 1970 y, que en función de esto, han buscado nuevos espacios de integración en los cuales refuncionalizar su identidad rural.

Dentro del marco de estos cambios estructurales, y partiendo del supuesto teórico que las identidades no son inmutables, se plantea como un hecho social que en el valle de Teotihuacán, en los cuarenta años más recientes, se ha vivido un proceso de urbanización, dentro del cual, la identidad campesina que tenían los habitantes originarios dedicados al campo se ha transformado, fortaleciendo otros referentes de integración y de pertenencia. Por otra parte, las generaciones que en este periodo se han incorporado al mercado laboral en actividades distintas a las agrícolas, construyen una ruralidad diferente, en la cual el trabajo en el campo ya no es el referente de articulación social.

Partiendo de lo antes dicho, cabe preguntarse: en qué se transformó la identidad campesina de los pobladores del valle de Teotihuacán, cómo territorializan el espacio sin cultivar la tierra, en qué se sustenta la identidad colectiva que los mantiene ligados a un estilo de vida rural y, de ser una región campesina, ahora cómo se reconocen sus pobladores.

2. Modelo de producción agroindustrial de corte eminentemente capitalista.

HIPÓTESIS TENTATIVA

El cambio en la actividad productiva vivido en el valle de Teotihuacan a partir de la década de 1970 ha transformado la identidad campesina que tenían sus pobladores, modificando entre otras cosas, su relación simbólica con la tierra y la forma de apropiarse del espacio; por lo cual, la celebración del ciclo festivo y los sistemas tradicionales de organización comunitaria constituyen un mecanismo de re-significación y resistencia a los cambios ocasionados, pero no evitan que la identidad colectiva como elemento dinámico adopte una nueva cara. En este sentido, se plantea como hipótesis que, cuando en una sociedad colapsa una actividad productiva dominante, emergen otras y se inicia un proceso acelerado de transformación donde la identidad colectiva se ve afectada y busca nuevos referentes de reconfiguración a partir de los ya existentes.

CAMBIO EN LA ACTIVIDAD PRODUCTIVA Y PLURIACTIVIDAD

Uno de los principales elementos a partir de los cuales se establece la nueva ruralidad como categoría de estudio es el cambio en la actividad productiva que en los años más recientes se ha venido dando en las comunidades tradicionalmente campesinas, como lo fueron aquellas que integran el valle de Teotihuacan.

Dentro de esta región de estudio, de acuerdo con los datos obtenidos a través

de las fuentes oficiales y de los testimonios recabados mediante el trabajo de campo, el sector primario de la economía muestra una tendencia descendente en el porcentaje de número de personas que se dedican a esta actividad; se puede afirmar que la tercerización de la economía está en auge. Sin embargo, también se percibe que el trabajo en el campo busca nuevas formas de subsistencia, se combina parcialmente con el desempeño de otras actividades y aún representa un gran valor simbólico y económico para algunos habitantes. En este sentido, cobra relevancia lo mencionado por Carneiro (2008) cuando afirma que:

Eso nuevo de lo rural consistiría justamente en la incorporación a los espacios considerados rurales de otras ocupaciones que no las específicamente agrícolas. En otros términos, la novedad de lo rural contemporáneo se hallaría en la combinación, dentro de los mismos espacios, de actividades consideradas hasta entonces como típicas del medio urbano, tales como las del sector de servicios, con las ocupaciones características del medio rural, o sea, las agrícolas (p. 90).

Para ilustrar la manera en que se ha presentado el cambio en la actividad productiva dentro de los espacios considerados rurales, Torres Mazuera (2008, p. 74) menciona que este proceso se ha dado en tres momentos claramente definidos; el primero de estos lo ubica en el periodo que comprende los años que van de 1940 a 1975, en este lapso de tiempo, para la autora citada, la estrategia empleada por

los campesinos era utilizar el ingreso obtenido en actividades como la ganadería, el trabajo de construcción en la ciudad y el empleo doméstico para continuar sembrando el ejido. En un segundo momento ubicado en la década de 1980, la actividad agrícola comenzó a supeditarse a otras actividades que ofrecían mayor ingreso. En el tercer momento, que se inicia en los años noventa, la agricultura campesina quedó totalmente relegada por otras actividades. Dicha situación redujo las opciones de sobre vivencia para quienes se dedicaban a trabajar en el campo.

En general, en el valle de Teotihuacan las comunidades consideradas campesinas no han quedado fuera del escenario general mostrado para el sector primario de la economía. Recordando lo expuesto en la cronología presentada, para la década de 1970 la producción agrícola nacional estaba completamente subordinada al modelo capitalista comercial.

Los testimonios obtenidos de algunas personas quienes vivieron la crisis referida en el área de estudio, coinciden en que el trabajo del campesino tradicional poco a poco fue relegado de la vida económica de las comunidades, hasta llegar a las condiciones actuales en que la inversión que hacen estos actores sociales para sacar una cosecha, regularmente es mayor a la ganancia lograda. Bajo esta perspectiva, se entiende que generacionalmente la población haya optado por un cambio en la actividad productiva, al respecto Martínez y Vallejo (2011) coinciden en que:

Las puertas de salida de los pobladores rurales a la debacle agrícola y agraria han sido la pluriactividad o diversificación ocupacional, la migración o la asalarización. Si bien estas prácticas siempre han existido en el medio rural, en la actualidad se constituyen en una estrategia fundamental a la que recurren cada vez más familias para su sobrevivencia (p. 36).

La crisis campesina referida, la especialización productiva en el campo hacia determinados cultivos, el crecimiento de zonas industriales, la presencia del sitio arqueológico de Teotihuacan, la implementación del programa de Pueblos con Encanto³ entre otros factores, han propiciado que el valle de Teotihuacan como sistema regional se reorganice y se transforme, afectando directamente con esto los procesos identitarios. El planteamiento propuesto, gira en torno a integrar estas variables como parte de un mismo proceso, que de acuerdo con Salas y Rivermar (2011) “permite observar el tránsito desde la uniformidad de las actividades agropecuarias hacia la pluralidad [...] y el significativo peso de los ingresos familiares provenientes de actividades extra agropecuarias” (p. 149). De acuerdo con los datos obtenidos para los tres sectores de la economía y tal como lo mencionan los estudios sobre nueva ruralidad, la diversificación eco-

3. Programa implementado por el Gobierno del Estado de México, con el objetivo de conformar polos de desarrollo turístico, a partir de aprovechar las características históricas y culturales de determinados espacios.

nómica hoy en día es una característica de los espacios otrora campesinos, como lo fue hasta hace cincuenta años el valle de Teotihuacan.

Teniendo una visión de conjunto, puede decirse que actualmente el valle de Teotihuacan mantiene a través del trabajo en el campo (que no desaparece) un lazo cada vez más débil. Esta región ya no es más un espacio agrícola, pero tampoco ha logrado especializarse marcadamente en algún sector, aunque muestran tendencia hacia la tercerización, siendo este sector el que más ha crecido en los veinte años recientes.

Utilizando como indicadores el porcentaje de Población Económicamente Activa (PEA) y el número total de personas ocupadas en cada sector de la economía, y sin perder de vista la tasa de crecimiento poblacional, se presenta el cuadro 1, donde puede apreciarse el pa-

norama completo de la tendencia general. Puede notarse que porcentualmente en el sector primario existe un gradual decremento, ya que crece el número de población total de cada municipio, pero la PEA, con ligeras variaciones ascendentes o descendentes, se ha mantenido estable; es decir, prácticamente desde hace veinte años es el mismo número de gente quien está dedicándose a la actividad agrícola. En este sentido, Otumba y San Martín de las Pirámides, en porcentaje muestran el índice de variación más alto; sin embargo, el primer municipio señalado, para el año 2010 con relación a 1990 ha incorporado 346 personas al sector, lo cual representa un crecimiento de 16.4%, mientras que el segundo sólo perdió 7.9%, lo cual indica que no hay un crecimiento real, pero tampoco abandono de la actividad agropecuaria.

Porcentaje y PEA ocupada por sector en todos los municipios del año 1990 al 2010

	Agricultura, ganadería y minería		Industria manufacturera		Comercio		Servicios*	
	%	PEA	%	PEA	%	PEA	%	PEA
Acolman								
1990	9.47	1028	34.09	3888	10.1	1098	33.28	3665
2000	5.63	982	24.8	5835	14.45	2977	38.0	7977
2010	1.82	917	31.34	15799	23.08	11635	42.54	21445
Índice de variación y crecimiento**	(-)7.65	(-)10.7%	(-)2.75	(+)406.3%	(+)12.98	(+)959.65%	(+)9.25	(+)486.73%
Otumba								
1990	36.66	2105	17.55	1009	12.19	701	21.85	1253
2000	26.28	2415	22.25	2044	17.58	1616	26.78	2460
2010	18.75	2451	24.98	3249	19.76	2570	36.25	4739
Índice de variación y crecimiento**	(-)17.91	(+)16.4%	(+)7.43	(+)222%	(+)7.57	(+)266.6%	(+)14.4	(+)278.2%

San Martín de las Pirámides								
1990	31.33	1231	26.85	1065	12.07	401	22.13	869
2000	15.84	1068	23.19	1563	16.96	1144	28.83	1943
2010	11.75	1133	32.49	3133	15.78	1521	39.39	3798
Índice de variación y crecimiento**	(-)19.58	(-)7.9%	(+)5.64	(+)194.17%	(+)3.71	(+)279.3%	(+)17.26	(+)337%
Teotihuacan								
1990	15.83	1057	24.92	1663	14.31	955	34.41	2297
2000	6.49	992	24.09	3682	17.19	2625	39.91	6150
2010	3.07	614	31.44	6288	19.64	3925	45.14	9028
Índice de variación y crecimiento**	(-)12.76	(-)41.9%	(+)6.52	(+)278.11%	(+)5.33	(+)310.9%	(+)10.73	(+)293%
Índice de variación y crecimiento total	(-)62.6	(-)5.6%	(+)16.28	(+)273.36%	(+)29.59	(+)522.85%	(+)51.64	(+)382.55%
*Incluye servicios de transporte, públicos, profesionales, de restaurantes y hoteles entre otros								
** Contempla la variación en el porcentaje de población total ocupada en cada sector, así como el crecimiento porcentual de la PEA del año 1990 al 2010								

Cuadro 1. Elaboración propia. Fuente: INEGI, Censos de Población y Vivienda 1990, 2000 y 2010.

Puede apreciarse que Acolman, en el año 2010 tiene el porcentaje más bajo de población ocupada en el sector primario (1.82%), pero también su índice de variación es el menor de todo el sistema regional, esto conduce a pensar que debido al contacto con la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM) el proceso de diversificación económica lo inició antes que los demás municipios. El enorme crecimiento poblacional registrado en Acolman de 1990 al año 2010 no se ha visto reflejado en este sector, ya que no se ha incorporado más gente a esta actividad productiva; sin embargo, en los años referidos, la PEA en el sector primario apenas decreció en menos 10%, por lo cual, tampoco se puede hablar de abandono, más bien, la población que se ha agregado al mercado laboral busca

otras formas de subsistencia y se dirige a los otros sectores de la economía. Con respecto a Teotihuacan, este es el único municipio donde gradualmente la actividad agrícola se ha ido dejando de lado, de 1990 al año 2010 ha perdido 41.9% de la PEA que se dedicaba a este sector.

De manera general, puede observarse que el sector primario de la economía dentro del sistema regional es el único que presenta números negativos, lo cual refleja su estancamiento con respecto a los otros sectores que han crecido por arriba de 200%, destacando principalmente la actividad comercial en Acolman, ya que por cada cien personas que en 1990 se dedicaban a esta actividad, para el año 2010 hay novecientas cincuenta y nueve más. Los números presentados, cuando se comparan entre sec-

tores dejan ver que el mayor crecimiento para todo el sistema regional se ubica en el comercio y en los servicios, con una importante presencia del sector manufacturero externo, lo cual implica gran movilidad laboral, ya que la industria dedicada a esta actividad se localiza fuera del valle de Teotihuacan.

Siguiendo con el análisis numérico, en Otumba y Teotihuacan, se muestra equilibrio en el crecimiento entre el sector secundario, el comercio y los servicios. En San Martín de las Pirámides despunta el incremento de PEA que se dedica al sector terciario, teniendo como referente el sitio arqueológico. En cuanto a la industria manufacturera, este sector en todo el valle muestra un comportamiento irregular, pero se mantiene fuerte, en algunos casos el porcentaje ha variado muy poco y en otros casos ha habido momentos de decrecimiento o de estancamiento, por ejemplo, el periodo que va de los años 1990 al 2000 en Acolman, Teotihuacan y San Martín de las Pirámides; no hay dato etnográfico y tampoco la presencia de algún suceso estructural que explique dicho comportamiento, por lo cual se infiere que esta variable está determinada por la tasa de crecimiento poblacional. Si bien, porcentualmente este sector no ha crecido al ritmo del sector terciario, ha logrado incorporar más de veinte mil personal al mercado laboral.

En el mismo sentido de los datos presentados, la historia oral reciente resalta que hacia la segunda mitad del siglo XX en el valle de Teotihuacan había animales de ganado, se sembraba mucho frijol,

maíz y alfalfa. El señor Bertín Vázquez⁴, músico de profesión, que al momento de la entrevista contaba con 72 años de edad, comenta lo siguiente:

Todavía tenemos campo para sembrar, nos dedicamos también a ser agricultores, antes teníamos mucho ganado, muchas vacas, borregos, marranos, guajolotes, pollos, de todo había, pero todo va cambiando y todo se va acabando, entonces ahorita ya no se puede tener ganado en las casas porque ya no es redituable, ya no conviene, para sembrar también el campo ya no conviene porque se invierte demasiado y ya no se recupera. Ahorita tengo sembrado maíz, que aunque no sea redituable uno lo siembra por conservar los terrenos, porque no los puede uno abandonar, por amor al campo. Yo desde niño le ayudaba mucho a mi padre a trabajar, a ordeñar las vacas, a cuidar ganado, a traer alfalfa. A mi hijo ya no le gusta el campo y yo le doy la razón porque no se recupera lo que se invierte.

Aquí en el pueblo, aunque ya nos dedicamos a otras cosas, todos los que somos ejidatarios tenemos una hectárea y un cuarto de terreno que sirve para cultivo y ahí uno puede sembrar lo que sea. Antes se sembraba mucha alfalfa porque había mucho ganado, borregos y vacas. La pastura del zacate que sale del maíz se ocupaba mucho para alimentar al ganado. Pero como ya no hay ganado ya nadie quiere la alfalfa, ya nadie quiere el maíz, el

4. Entrevistado por Carlos Bravo el 10 de agosto de 2014 en Acolman, Estado de México.

zacate menos, yo anduve ofreciendo hace unos años esto, el zacate lo tuve que regalar y el maíz lo vendí muy barato porque esa vez afortunadamente se me logró mucho y dije pues ahora qué le hago, utilizamos 100 cuartillas para autoconsumo y yo tenía como 10 toneladas, así que lo vendí muy barato, de eso a que se me eche a perder.

Identidad colectiva

Se entiende por identidad colectiva al proceso de identificaciones históricamente apropiadas que le confieren sentido a un grupo social y le da estructura significativa para asumirse como unidad. En este sentido, actualmente para el caso del valle de Teotihuacan, la identidad se circunscribe a los municipios o a los espacios locales. La población de este sistema regional, ante el cambio en la actividad productiva, ha reforzado los referentes de identidad que viven en sus tradiciones y en sus edificaciones representativas, como puede ser el sitio arqueológico o el convento de San Agustín en Acolman.

Siendo que los grupos sociales asumen que todo pasado fue mejor, la identidad colectiva forjada con elementos de un pasado inmediato, conlleva una carga positiva en relación con la identidad reciente y futura (Portal, 2003). De acuerdo con esta idea, la identidad colectiva también puede entenderse como aquellos referentes históricamente construidos que un número considerable de pobla-

dores asume como propios, ya que se relacionan con prácticas y significaciones vigentes para ese grupo social.

Partiendo de lo anterior, al emplear como unidad de análisis las formas tradicionales de organización comunitaria⁵ ligadas al ciclo festivo agrícola, ha podido determinarse que la transformación vivida dentro del valle de Teotihuacan en los cuarenta años más recientes, ha encontrado en las fiestas patronales un contenedor desde donde se re-significa la identidad colectiva y se territorializa el espacio, a través de las actividades religiosas y profanas en que participan los pobladores.

De lo anterior, surge la necesidad de hacer un riguroso análisis de las fiestas patronales, para vislumbrar la forma en que mediante la organización de estas celebraciones, el sistema regional teotihuacano encuentra elementos de cohesión, de homogenización y de resistencia a las transformaciones vividas, teniendo como piedra angular la identidad y el sentido de pertenencia en relación dialéctica.

Los datos etnográficos construidos a partir del discurso formal que manejan quienes ocupan cargos en la organización de las fiestas, pero también a partir de lo dicho por algunos pobladores en conversaciones informales sostenidas durante las estancias de trabajo de campo, indican que además de fortalecer

5. También conocido y trabajado ampliamente desde la disciplina antropológica como sistema de cargos.

la identidad religiosa, la fiesta patronal conforma parte de la identidad comunitaria, además que establece fronteras simbólicas que son reconocidas y aceptadas por los demás poblados. No es que en antaño la identidad colectiva no estuviera ligada a la figura del Santo Patrón, que en muchos casos también da nombre a los poblados junto con su toponimia en náhuatl, por ejemplo San Mateo Chipiltepec; la novedad en estos espacios es que ante el desvanecimiento de la actividad agrícola como medio de subsistencia, el Santo Patrón y su fiesta emergen con mayor fuerza como principal referente en el cual se finca el sentido de pertenencia a un territorio.

Las fiestas patronales se conforman a partir de estructuras organizativas en donde intervienen, con trabajo o participación, gran número de pobladores ya sea de manera individual o colectiva; aunado a esto, este tipo de celebraciones dinamizan las redes familiares internas y externas, el mercado regional de productos y parte de la vida social, política y cultural de las comunidades. Con respecto a las fiestas patronales, Eliana Acosta (2006) señala que:

Las fiestas patronales implican la reafirmación de un tiempo y de un espacio originario: del tiempo en que fue fundado el pueblo y del espacio en que habita el padre o la madre de la comunidad, y es la casa de todos. Es el momento privilegiado de interacción con los santos, el pueblo se comunica con ellos a través de los rezos, las ofrendas,

la música, las danzas y los cantos. Es el tiempo en que se confirma el pacto original entre la comunidad y sus protectores (p. 160).

Las fiestas patronales de casi cualquier población del valle de Teotihuacan, además de las actividades religiosas, comprenden un extenso programa de actividades llamadas profanas entre las que destacan llevar de visita de los Santos Patronos a diversas casas y lugares simbólicos dentro de los poblados, peregrinaciones, procesiones, danzas, audiciones musicales, mañanitas, quema de castillos y diversas actividades artísticas. En todas éstas, de manera abierta o velada, siempre hay un componente territorial, de pertenencia y de identidad. Por ejemplo, las diversas procesiones en que se lleva en andas a los Santos Patronos es común que se acompañen de danzas en las cuales participa la población originaria del lugar, que hagan una parada en el panteón local para recordar en dónde están sus orígenes, que marquen los límites territoriales de las comunidades y, que pasen por las tierras ejidales como acto simbólico de re-apropiación del espacio.

Como parte del análisis del papel que juegan las tradiciones en la conformación y fortalecimiento de la identidad colectiva, a manera de ejemplo presento extractos de un par de entrevistas realizadas en el marco de una fiesta patronal en el poblado de Tepexpan (municipio de Acolman). En la primera de ellas, el

señor Servando Enciso⁶ en su función de mayordomo comentó lo siguiente:

Me motiva participar en la mayordomía el hecho de saber que nuestras costumbres arraigadas en nuestra población no se pierdan, para mí es una dicha y un honor poder estar en la mayordomía porque somos un grupo muy unido. He sido mayordomo desde hace más de veinte años, para mí es mucha satisfacción porque de alguna manera llevo arraigadas mis costumbres y tradiciones, sobre todo quiero que esto no se pierda, que lo sigamos llevando e inculcando a nuestros hijos para que ellos en su momento, cuando nosotros no estemos, sigan con esta tradición. Siento la vocación de poder servir a mi iglesia, a mis patronos y a mi pueblo; el tiempo que pueda estar seguiré apoyando.

En la segunda entrevista, el señor Efraín Martínez⁷ como habitante originario de Tepexpan visualiza las fiestas patronales como una tradición que forman parte del acervo cultural de su comunidad, ya que menciona lo siguiente:

El pueblo cambia y nosotros no podemos evitarlo, pero las fiestas se mantienen como siempre, solo se modifican en algunas cosas, en esencia siguen siendo parte de la tradición y es importante que sigan manteniendo el mismo

sentido religioso y que muestren la forma de ser de la población originaria de Tepexpan.

Pensando en las implicaciones que tienen este tipo de festividades dentro de un sistema regional con las características que presenta el valle de Teotihuacan, puede decirse que dichas celebraciones siguen un patrón de organización que responde a las necesidades pasadas y actuales. En este orden de ideas, las fiestas patronales como elemento tradicional de las comunidades de matriz agrícolas, sin perder su esencia, se han reformulado para dar cabida al cambio que significó pasar de ser sociedades campesinas a sociedades rurales sin agricultura.

Ante la serie de cambios ocurridos en tan poco tiempo y el caos que para la población originaria de la región significó el crecimiento demográfico, la urbanización de su espacio, la transición hacia otras actividades productivas, la invasión de su territorio y la ocupación de lugares simbólicos, quienes participan en la organización de las fiestas patronales han tenido que adecuarse a las exigencias de la época, resignificar algunas prácticas y modificar otras tantas con el objetivo de mantener viva cierta forma de habitar su territorio.

La identidad construida a partir de las fiestas patronales da sentido de homogeneidad. Los aspectos rituales construidos en torno al Santo Patrón, mantienen la integración comunitaria y permiten la incorporación de nuevos elementos culturales, funcionan como el

6. Entrevistado por Carlos Bravo el 22 de julio de 2014 en Tepexpan, Acolman Estado de México.

7. Entrevistado por Carlos Bravo el 28 de abril de 2014 en Tepexpan, Acolman Estado de México.

Núcleo Duro⁸ a través del cual la identidad colectiva se re-significa sin perder su sentido originario. Pensando en transformaciones, puede afirmarse que cuando éstas se presentan, lo último que cambia son los procesos culturales, en este caso identificados específicamente con este tipo de celebración.

REFLEXIÓN FINAL

En este artículo, se abordó de manera sucinta el cambio identitario que la reconversión de la actividad productiva ha provocado en el valle de Teotihuacan. La agricultura tradicional en esta región de estudio se ha desvanecido, los datos numéricos indican que, si bien, el sector primario se mantiene activo, en los años más recientes presenta falta de crecimiento, el sector secundario tiene una importancia significativa y el sector servicios y comercio se posiciona como preponderante dentro del sistema regional. Visto desde este ángulo, el valle de Teotihuacan ya no es una región campesina, la pluriactividad ha entrado en escena y se incorpora a una nueva forma de vivir la ruralidad. El ciclo festivo agrícola, del cual se desprende la celebración de las fiestas patronales y el sistema tra-

dicional de organización comunitaria, en conjunto, dan sentido de cohesión social, integrado la identidad colectiva.

Desde mi perspectiva, la reorganización del valle de Teotihuacan no ha logrado fragmentar la identidad colectiva de los pobladores originarios que participan de manera más activa en las actividades que se organizan para celebrar el ciclo festivo en cada uno de los poblados que integran la región. La transformación identitaria es un proceso lento y de largo alcance; por lo tanto, las identidades son uno de los elementos que más resisten al cambio.

Por otra parte, se considera que los elementos más vivos, dinámicos, flexibles y con gran capacidad de adaptación al cambio son los sistemas de organización comunitaria y la reproducción de los ciclos festivos anuales, elementos fuertemente imbricados entre sí y que a estos espacios de nueva ruralidad le dan un carácter digno de un análisis más amplio, a partir de cómo conforman las relaciones personales, de cómo dilatan o contraen las fronteras de los pueblos ante las transformaciones que trae consigo el proceso de modernización y de cómo significan el espacio territorial donde se asientan.

REFERENCIAS

- Acosta, E. (2006). El culto a los santos en Milpa Alta. En A. Medina (Coord.). *La memoria negada de la ciudad de México: sus pueblos origi-*

8. Alfredo López Austin (1996, p. 59) lo define como un complejo articulado de elementos culturales, sumamente resistentes al cambio, que actúan como estructurantes del acervo tradicional y que permiten que nuevos elementos se incorporen a dicho acervo con un sentido congruente al contexto cultural.

- narios (pp. 125–165). México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas/UNAM
- Baños, O. (1991). México rural pos campesino. *Nueva Antropología*, Vol. XI, No. 39, pp. 115–131. México: CONACYT, Universidad Autónoma Metropolitana, Instituto Nacional de Antropología e Historia
- Carneiro, M. J. (2008). Ruralidad en la sociedad contemporánea: Una reflexión teórico metodológica. En E. Pérez (Comp.). *La nueva ruralidad en América Latina avances teóricos y evidencias empíricas* (pp. 79–102). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana
- Chonchol, J. (1997). *Sistemas agrarios en América latina. De la época prehispánica a la modernización conservador*. México: Fondo de Cultura Económica
- Contreras, F. (2014). *Cambios estructurales en los contextos rurales de México, 2000 y 2010*. (Tesis de Doctorado en Demografía inédita). El Colegio de México, México
- Gamio, M. (1970) *La Población del Valle de Teotihuacán*, Tomo I. México: Instituto Nacional Indigenista (Edición Facsimilar de 1922)
- Kay, C. (1998). ¿El fin de la reforma agraria en América Latina? El legado de la reforma agraria y el asunto no resuelto de la tierra. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 61–98. México: Universidad Nacional Autónoma de México
- Leal, O. (2004). *Vida festiva y mayoromías en Santa Catarina, Acolman un estudio sobre nueva ruralidad*. (Tesis de maestría inédita). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México
- López Austin, A. (1996). *El pasado indígena*. México: Fondo de Cultura Económica
- Martínez, E. (1996). México: Cambios en la estructura agraria y en la participación social y política de los campesinos. En L. Zamosc, E. Martínez & M. Chriboga (Coords.). *Estructuras agrarias y movimientos campesinos en América Latina*, (pp. 199–234). Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación de España. Serie Estudios n°. 127
- Martínez, E., & Vallejo, J. (2011). Las nuevas relaciones rural-urbanas. En H. Salas & L. Rivermar (Eds.). *Nuevas ruralidades: Expresiones de la transformación social en México*, (pp. 29–58). México: UNAM, IIA, Juan Pablos Editor
- Portal, M. A. (2003). La construcción de la identidad urbana: la experiencia de la pérdida como evidencia social. *Alteridades*, vol. 13, núm. 26, julio-diciembre, pp. 45–55. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa
- Salas, H., Rivermar, L., Velasco, P. (Eds.). (2011). *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/

Instituto de Investigaciones Antropológicas/Juan Pablos Editor

Torres-Mazuera, G. (2012). *La ruralidad urbanizada en el centro de México. Reflexiones sobre la reconfiguración local del espacio rural en un contexto neoliberal*. México: Universidad Nacional Autónoma de México

Torres-Mazuera, G. (2008). Los productores maiceros de Emilio Portes Gil: de campesinos de subsistencia a agricultores de medio tiempo en un ejido que se urbaniza. En K. AppendinI & G. Torres-Mazuera (Eds.). *¿Ruralidad sin agricultura?*, (pp. 235–259). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos

Warman, A. (2001). *El campo mexicano en el siglo xx*. México: Fondo de Cultura Económica